BREVÍSIMA INTRODUCCIÓN AL FUNCIONAMIENTO DE LA TEORÍA*

Andreas Kurz**

Jonathan Culler, prominente teórico de la literatura, se percató, en su esclarecedora *Breve introducción a la teoría literaria*, de la espantosa vastedad y heterogeneidad de su campo:

La teoría [...] es [...] una serie no articulada de escritos sobre absolutamente cualquier tema, desde las cuestiones más técnicas de filosofía analítica hasta las diversas maneras en que se ha pensado y hablado de nuestro cuerpo. El género 'teoría' incluye obras de antropología, cinematografía, filosofía, filosofía de la ciencia, *gender studies*, historia del arte, historia social y de

las ideas, lingüística, psicoanálisis, sociología y teoría política. [...] Las obras que devienen 'teoría' ofrecen explicaciones que otros pueden usar sobre muy diversas cuestiones: el significado, la naturaleza y la cultura, el funcionamiento de la psique o la interrelación de la experiencia privada y la pública o de la experiencia individual y la de las grandes fuerzas históricas.¹

Culler detecta una nueva ciencia: la Teoría, con mayúscula y sin epíteto. La gran sociología y filosofía francesas del siglo XX, las obras de Barthes, Foucault, Derrida, los textos monumentales de la Escuela de Frankfurt, son, en primer lugar, Teoría. Son, en segundo lugar, un

* El título original es: "Brevisima introducción al funcionamiento de la teoría, en la que se analiza la receta elaborada por un economista ocioso", reducido por razones de espacio.

** Departamento Académico de Estudios Generales, ITAM.

¹ Jonathan Culler, *Breve introducción a la teoría literaria*, 2000, Barcelona, Crítica, trad. Gonzalo García, p. 14.

subproducto y una herramienta útil para la interdisciplinariedad. Ésta es una exigencia académica muy antigua. Menciono que fue la tesis principal que guiaba a Ortega y Gasset para establecer, a partir de 1950, las bases teóricas para el *Instituto de Humanidades* en la España franquista. Ortega no pensaba que implantaría una novedad, sino ‘sólo’ quiso copiar un modelo ya existente en las ciencias exactas.²

Entonces, la Teoría resulta ser el instrumento moderno para el estudio interdisciplinario. Pero, ¿qué se estudia? La falta de un calificativo resulta incómodo. Puede ser que, en un inicio, como pretende Culler, los estudios especializados fueran aprovechados por materias afines y produjeran resultados sorprendentes. Mas, cuando la Teoría, ella misma, se transforma en materia —aunque (todavía) no figure en los programas de las universidades como licenciatura o maestría—, entonces: ¿cuál es realmente su objeto de estudio? Todo, la vida, la realidad.

El problema reside en el carácter *creativo* de la Teoría; ella produce la realidad siguiendo el mismo mecanismo que Edward Said describió

magistralmente en su *Orientalismo*, el texto que explica la invención de Oriente. Es decir: si la realidad no corresponde a la Teoría, sólo se puede tratar de una realidad malvada y pervertida que la Teoría, a la postre y mediante un proceso inverso, ha de corregir. Me atrevo, aunque vacilando, a formular la siguiente hipótesis que, dado lo establecido, no se podrá ni verificar, ni falsificar: vivimos en medio del desdoblamiento ficticio tan temido por Platón y tan anhelado, en el diálogo que lleva su nombre, por Cratilo. La hipótesis, obviamente, no sirve, ya que ella surgió del discurso que es, según la hipótesis, ficticio en un grado muy alto: el espejo ficticio, la disolución de la realidad.

Michel Foucault es, sin duda, uno de los pioneros y, al mismo tiempo, el representante más brillante del discurso, de la Teoría. El francés se sale de los procedimientos académicos tradicionales, es decir, cita relativamente poco, pero sí ha leído mucho. Cuando analiza la sexualidad, la locura o las palabras, se refiere a un ‘corpus’ de textos y de acontecimientos no especificado en sus detalles bibliográficos. El fenómeno investigado surge de diferentes y muy variados discursos y produce su propio discurso, el que, en la última vuelta de tuerca, genera la Teoría moderna o posmoderna actual. En *Las palabras*

² Se puede consultar al respecto el artículo “Julían Marías, Jaime Benítez y la fundación Rockefeller” por Servando Ortoll y Annette Ramírez, publicado en el n° 76 de *Estudios*, nueva época, primavera 2006, p. 7-45.

y las cosas, una pintura de Velázquez, el Quijote, Borges, Bopp y Saussure, etc., forman el *melting pot*, en cuyo fondo queda, como residuo, el tema de Foucault. No critico el procedimiento, ni tampoco los resultados: son legítimos y fascinantes. No dudo de la genialidad y la erudición de Foucault: rebasan mi horizonte por años luz. Sólo pretendo advertir que este procedimiento es peligroso, si no se reconoce su carácter básicamente lúdico. Estoy seguro de que Foucault sí lo reconocía, pero me temo que el actual metalenguaje mediático y la Academia tipo Estados Unidos se lo tomen demasiado en serio, y que produzcan de este modo el desdoblamiento teórico de la realidad, de lo tangible.

Hay antecedentes numerosos de lo que Culler apostrofa como la Teoría. Me referiré a uno entre ellos, proveniente de un ámbito ajeno a las humanidades, aunque sí hay relaciones laterales: la economía.

Thorstein Veblen, estadounidense de orígenes noruegos, elaboraba sus teorías acerca de la clase ociosa en las sociedades industrializadas a finales del siglo XIX. Las publicó en forma de libro en 1899.³ Veblen

fue un rebelde dentro de la Academia norteamericana. Su manera de plantear y analizar los problemas fue desaprobada por colegas y estudiantes. Su afán de moverse ‘a contracorriente’ lo obligó a una vida profesional vagabunda: de universidad en universidad, siempre en puestos subordinados; nunca obtuvo una cátedra formal, pero sí mucho reconocimiento extra-universitario.

La *Teoría de la clase ociosa* ayuda a contestar preguntas raras, a primera vista desligadas de cuestiones económicas. Me permito un ejemplo tomado de la chismografía histórica. La emperatriz Elizabeth, Isabel o Sissy, esposa de Francisco José I, por ende cuñada del infeliz Maximiliano de México, gozaba de la fama de tener la talla más delgada de todas las mujeres del mundo, por lo menos de todas las damas nobles de las cortes europeas. Se habla, de hecho así figura en el libro de los récords mundiales, de 33 centímetros. Estimo que eso refleja un diámetro de no más de diez centímetros. Sencillamente no puedo imaginarme una talla femenina de 33 centímetros, de avispa casi literalmente. Creo que es menos que la circunferencia de mi bíceps, nada impresionante por desgracia. Esta monstruosidad —es inevitable, aunque paradójico, denominar la finísima anatomía imperial como monstruosa— y su cabellera abun-

³ La edición española se reeditó en 2004 por el FCE, el que lo considera uno de los 70 libros más importantes publicados por la editorial en los primeros 70 años de su existencia. Thorstein Veblen, *Teoría de la clase ociosa*, 2004, México, FCE, trad. Vicente Herrero.

dante hicieron de Elizabeth la mujer más bella de su época. ¿Cómo puede ser bella tamaña deformación que se logró mediante el uso continuo y masoquista del corsé, verdadero instrumento de tortura?

Veblen está convencido de que su teoría económica puede contestar hasta preguntas de esta índole. En realidad se trata de un sistema de vasos comunicantes. El fenómeno concreto incita la curiosidad del investigador y hace palpable la necesidad casi ontológica de explicarlo, desde la perspectiva del economista. La explicación encontrada se prueba en otros fenómenos y resulta exitosa. Por ende es legítimo postularla como teoría. Mas esta teoría se aleja de su campo originario y el proceso regresa a su inicio, explica fenómenos cotidianos simples o complejos de ámbitos muy variados. Se me puede objetar que de este modo funciona cualquier trabajo científico serio que parte de una hipótesis inicial. No cabe duda: la investigación, los datos verifican o falsifican la hipótesis. Pero la hipótesis se formula de manera abstracta y, sólo en casos contados, se eleva al rango de una teoría. Concretizo con un tema ficticio. Mi hipótesis en un trabajo sobre narrativa argentina reza: Borges malinterpretó a Macedonio Fernández, pero sus equívocos de lector fueron productivos para su labor de narrador. La lectura

cuidadosa de las obras de Borges y Fernández, así como de su entorno intelectual, podrá tener como resultado que la hipótesis se afirme o se rechace. Pero, de ninguna manera, será posible extenderla a la teoría de que las interpretaciones erradas siempre son productivas. Del tenor: nuestro antecesor prehistórico que ‘descubrió’ el fuego se dio cuenta de sus cualidades porque lo malinterpretó como ‘frío’, lo que le produjo una quemadura dolorosa y la idea de que se puede usar como arma y para asar. Es imposible la aplicación descrita. La Teoría moderna, sin embargo, no busca la aprobación o desaprobación de una hipótesis encontrada mediante la reflexión acerca de algún fenómeno concreto, sino, de una vez, pretende demostrar su aplicabilidad generalizada. Repito que no critico el procedimiento, sino que procuro llamar la atención sobre su parte lúdica; es un juego...

Veblen es predestinado para tal procedimiento; no es economista puro, su interés divaga entre la antropología, la sociología, la filosofía y, en general, la historia de las ideas. Son los fenómenos cotidianos —y vitales— que dominan el quehacer económico. Al mismo tiempo, tales fenómenos tienen que subordinarse a las necesidades económicas, son regidos por la macroestructura Economía. En otras palabras: Veblen detecta y describe

un círculo hermenéutico económico: las partes explican el todo y, hasta cierto grado, lo cambian; mas una vez, mediante el conocimiento de las partes, conocido y analizado el todo, éste se impone y domina a las microestructuras.

Veblen no cita, tampoco recurre a estadísticas elaboradas. Sus fuentes, dice, son cotidianas y cualquiera, con un poco de inteligencia y sentido común, podría consultar e interpretarlas. Tal modestia arrogante es el gran engaño del libro. Es cierto que Veblen a veces sólo observa fenómenos aparentemente intrascendentes para deducir de ellos consecuencias muy trascendentes. No obstante, los resultados se basan en un estudio concienzudo de una larga bibliografía de índole primeramente antropológica y sociológica. Y estas fuentes, Veblen las calla. Se opone así conscientemente al discurso académico oficial que lee poco, pero cita mucho. Veblen leyó mucho y transformó lo leído en un todo orgánico del que se sirve libremente para sus propósitos. Una biblioteca sólo funciona como conjunto, no como acervo para necesidades eventuales que se satisfacen sacando uno o dos libros al azar. De hecho, la Teoría abarca bibliotecas enteras en un sentido borgiano, es decir, enciclopédico. Puede que parta de un libro, pero muy pronto le llaman la atención los textos en

su vecindad, empieza a extenderse y, sobre todo, a interrelacionar. Los límites entre las materias no importan, las épocas históricas menos, los autores poco; el mundo-biblioteca en sí genera el nuevo trabajo de investigación. La ficha suelta carece de sentido, sólo si forma parte de un juego de naipes gigantesco, dentro del cual ocupa posiciones siempre nuevas y sorprendentes, entonces sí vale.

La teoría de Veblen gira alrededor de tres términos claves: el ocio, el derroche ostensible y el 'workmanship', palabra intraducible que implica la utilidad ficticia de ciertas actividades sociales. Es curioso y paradójico: las sociedades industrializadas producen la clase ociosa pura, una élite del dinero, cuyos recursos casi ilimitados se basan precisamente en la industria —los 'capitanes industriales', cuyas representaciones modernas podrían ser Bill Gates o Carlos Slim, aunque ya no se trata de las industrias tradicionales—, pero, en un proceso inverso, se distancian tajantemente del trabajo 'sucio' que garantiza sus fortunas. Esta clase, aunque pequeña, influye en todas las estructuras sociales. Establece cierto nivel de riqueza que es básico. El que lo rebasa, tiene prestigio, el que no lo alcanza, retrocede en la admiración pública. No necesariamente se trata de una riqueza real, lo

que importa mucho más es ostentar, fingir que eventualmente uno tiene el dinero suficiente que le permita una vida ociosa y despreocupada; mejor dicho: preocupada sólo por lo superfluo y efímero. El mecanismo es idéntico para las capas altas y bajas de la sociedad. Sí cuentan las necesidades elementales, la supervivencia biológica, pero no menos importante resulta el derroche que comprueba la potencia económica. Un ejemplo actual: me sigue sorprendiendo la cantidad de antenas parabólicas que se ven en los barrios más pobres de la Ciudad de México. Para mí la televisión satelital es un lujo, superfluo como cualquier lujo. ¿No habrá cosas que hacen más falta en los alojamientos desastrosos de Netzahualcóyotl? Seguro que las hay, pero resulta a veces más vergonzoso renunciar a ciertos símbolos de estatus que renunciar a una o dos comidas diarias. Es absurdo y triste, pero es inevitable, según Veblen, ya que tales fenómenos son herencias ancestrales profundamente arraigadas en la colectividad y el individuo, son instintos primitivos.

Mi ejemplo de la Ciudad de México es revelador respecto al mecanismo de la Teoría. Su aplicación seduce y, casi de manera inconsciente, el lector efectivamente la aplica a su entorno individual. Como cuadra muy bien, su seriedad y su ‘infalibi-

lidad’ científicas se ven reforzadas. Ahí radican el riesgo de la Teoría y su peligro.

Sólo es posible derrochar y ostentar recursos cuando predomina la idea de la propiedad privada; y, a diferencia de la teoría marxista, Veblen ubica el origen de este concepto en tiempos prehistóricos. En los conflictos tribales las presas más codiciadas fueron las mujeres del otro bando. La tribu que cautiva y acumula más hembras ajenas obtiene más prestigio, gana la contienda. La mujer, de esta manera, se vuelve propiedad exclusiva del hombre. La puede usar para lo que sea, pero en primer lugar la emplea en los trabajos sucios, puramente manuales, que son imprescindibles para la supervivencia pero desprestigiados. Veblen caracteriza estas labores con el término ‘tráfago’, mientras que las actividades agresivas masculinas son ‘hazaña’. En tiempos modernos la ‘agresión industrial pacífica’ sustituye la guerra primitiva; el mecanismo, sin embargo, sigue siendo el mismo: se devalúa el trabajo visible, el que genera cansancio físico, mugre y sudor. Se buscan equivalencias a las hazañas de nuestros antepasados. La cultura de rapiña se muestra más refinada, pero en su fondo no ha cambiado nada.

Sobra decir que, a más tardar a estas alturas, el receptor de la teoría

vebleniana está atrapado en el laberinto. ¿Dónde empieza la hipótesis? ¿La generó el paralelismo entre las sociedades prehistóricas y las modernas? ¿Éste es un dato para apoyar la hipótesis? Como sea, los resultados así obtenidos fascinan por su fácil aplicabilidad a los fenómenos cotidianos, a las pequeñas y grandes frustraciones de cada uno.

A finales del siglo XIX, Veblen detecta y analiza varias actividades de hazaña, es decir, ociosas, que tienen en común su genuina inutilidad, a la que se superpone alguna finalidad ilusoria que debe cumplir con el ideal ilustrado de que cualquier ocupación ha de tener un objetivo. Los deportes son probablemente el fenómeno social más directamente ligado con la cultura de rapiña. En ellos se aprende lo que, en primer lugar, caracteriza a un hombre exitoso: el fraude, el egoísmo, la capacidad de triunfar con la ayuda de medios truculentos. Es decir: el deporte es ocioso. Jugando al tenis o al golf, se pone en evidencia la potencia económica del individuo, se demuestra que uno no tiene que ensuciarse las manos. Al mismo tiempo—y así el ocio revela su utilidad escondida—enseña las cualidades necesarias para mantener el *statu quo*, para garantizar el poderío de la clase ociosa.

Por supuesto, las actividades ociosas cambian con el tiempo. No

es muy frecuente actualmente que uno de los pasatiempos preferidos de los ricos sea el estudio de lenguas muertas o, en general, la ocupación con las humanidades. Aun así, lo básico del procedimiento varía poco. Los famosos ‘mercaderes confucianos’ de la China moderna ilustran la actualidad de las ideas veblenianas. Equilibran el trabajo diario en la oficina con el estudio de antiguos textos religiosos. Se argumenta que tal ocupación sirve para mantener el carácter nacional chino frente a la occidentalización del país. No obstante, también podría interpretarse como una manera de decir: me sobran tiempo y dinero, puedo ocuparme de cosas raras, pertenezco a la clase ociosa.

De nuevo caí en la trampa. El fenómeno de los ‘mercaderes confucianos’, del que me he enterado por un texto del sociólogo chino-francés Yunxiang Yan, empleado en los cursos del Departamento de Estudios Generales del ITAM, se me presentaba durante mi reflexión sobre la lectura de Veblen y —¡qué alivio!— cuadró muy bien con los teoremas del economista. Esto produce satisfacción y orgullo intelectual, comparables con la alegría del aprendiz de un idioma extranjero quien, por primera vez, se da cuenta de que en el país relacionado con el idioma las nuevas reglas aprendidas sí hacen sentido.

NOTAS

Sigue siendo 'válido' otro fenómeno detectado por Veblen, sobre todo en las sociedades de países tercermundistas o en vías de desarrollo: el ocio se delega a la mujer. Ella no trabaja, tiene la obligación principal de lucirse, de vestirse bien y de manera llamativa. Así subraya el poder adquisitivo de su amo quien, mientras tanto, procura tener éxito en el mundo depredador de la empresa. La cualidad del vestido que, para tales fines, más importa, es la incomodidad. La vestimenta femenina impide de antemano el trabajo manual, imposibilita el movimiento libre y, por ende, anuncia la absoluta ociosidad de su portadora y el prestigio pecuniario del dueño de ésta.

Ello me permite, finalmente, regresar a la emperatriz de talla diminuta. Para obtener los 33 centímetros, Elizabeth tuvo que usar el corsé durante todo el día, a lo largo de años. En otras palabras: nunca trabajó. Tener la talla más fina significa ser la mujer que menos necesidad de trabajo tiene en todo el mundo, lo que potencia el poder adquisitivo y político del esposo: ha de ser el hombre más poderoso del orbe. Sería curioso, en este contexto, analizar el comportamiento de las primeras damas actuales en Estados Unidos, o en México...

Logré entender el fenómeno de la talla monstruosa. Ahora la tortura del corsé, el afán de lucir un cuerpo frágil y fácil de destruir me parecen lógicos. Doy gracias a Veblen y me adscribo a su teoría.

El procedimiento de Veblen es muy similar a las técnicas en boga en la Teoría moderna. No sé si Foucault se refiere en alguno de sus libros al economista. La afinidad discursiva entre los dos sí llama la atención. Quizás Veblen se opuso todavía más tajantemente a la Academia que el francés. Nunca da créditos, aunque se sabe que sí se basa en lecturas amplias y heterogéneas. Ambos seducen al lector porque le explican su mundo. Son como guías a través de lo desconocido y hostil, son como Virgilio para el Dante. Y sí: Dante describe un mundo, el Infierno, lo crea, pero se pierde en él. Entonces, al mismo tiempo, inventa a un guía que le podrá salvar de todos los peligros que surgen de su creación. Así el procedimiento de discurso y Teoría. ¿La explicación se adhiere a una realidad? ¿La explicación genera esta realidad? ¿Qué se describe? ¿Un fenómeno que ya existe? ¿Un fenómeno producido y surgido en el transcurso de la descripción? Son preguntas incontestables, son el desdoblamiento ficticio del Cratilo platónico.